liz idea de hacer que Beuvret casara á su hija con Armando Le Forestier.

-¿Esperáis, pues, que Roberto du Chatel no revelará nada á su amigo porque se lo impida Beuvret?

-No, no lo espero; mas, gracias á este matrimonio, obtendremos de nuestro antiguo cómplice una suma bastante grande, que nos permitirá vivir agradablemente hasta el fin de nuestros días.

-¿En el extranjero, por supuesto?

—Sí. Es preciso que sepamos resignarnos al destierro, si queremos huir de nuestro enemigo, que, casado, enamorado de su mujer y aconsejado por su suegro, no ha de ir á perseguirnos hasta el fin del mundo... ¿Y por qué ha de asustarnos la vida en el extranjero? ¿No encontraré yo donde jugar por todas partes, y vos mujeres bonitas? Creedme: podréis reemplazar ventajosamente á vuestra Rachel con alguna hermosa criatura nacida en Asia, en África, en América ú Oceanía.

—Es posible (dijo Montbarán, para quien el destierro se transformaba ya en un paraíso); pero Beuvret, á pesar del interés que debe tener en complacernos, es muy fácil que no pueda darnos el capital que nos falta.

-Vamos ahora mismo á pedírselo, y así lo sabremos de fijo.

—Ya os acordaréis que nos dijo terminantemente que no volvería á recibirnos.

—También nos dijo terminantemente que Armando Le Forestier no se casaría con su hija.... Vamos, venid, y no tengáis miedo....; yo respondo de que nos recibirá.

## XLIV.

El señor de Beuvret experimentó cierta emoción, aunque no sorpresa, cuando el mismo día, á las tres de la tarde, vió detenerse un carruaje cerca de su casa, y descender de él al Marqués y Montbarán. No se sorprendió, porque desde hacía varias semanas, todos sus actos no tenían otro objeto que provocar esta visita, que, según él, debía apresurar el desenlace tan ardientemente esperado, y darle ocasión de demostrar su destreza, no dejando adivinar sus pensamientos.

Abrió él mismo á sus visitadores en cuanto llamaron á la puerta, y les introdujo, sin hablar, en su cuarto, designándoles dos sillas.

-Podéis hablar con toda libertad (les dijo); estoy absolutamente solo en casa.

El Marqués, para quien el tiempo valía mucho, entabló inmediatamente la conversación: —Sabéis, sin ningún género de duda (dijo), que Roberto du Chatel, cuyas pesquisas temía, según os dije el día de nuestra última entrevista, ha terminado por fijarse en Montbarán y en mí.

—Ya lo sé (respondió el señor de Beuvret); y no creo que el que lo sepa deba asustaros: era natural que Roberto du Chatel, considerándome como suegro de Le Forestier, me pusiera al corriente de todos los detalles, de todos los incidentes de este asunto. Debía, por mi parte, quererme enterar por completo de todo, para evitar las sorpresas, los accidentes graves...; así es que he creído necesario exigir á mi yerno que se fuera á viajar, con objeto de que os diera tiempo para tomar vuestras medidas, y procurar escaparos antes de su vuelta.

Es una gran ventaja (replicó el Marqués). ¿Pero tan de temer es para nosotros esa vuelta? De igual manera que habéis hecho que Le Forestier abandonara á París, podréis, sin duda alguna, influir de tal manera sobre él, que le obliguéis á desistir de su proyecto.... No está en igual caso que otras veces.... Dichoso como es hoy, su amigo du Chatel no le dará una gran alegría designándole á los asesinos de su madre. Enseñárselos es como decirle: «De una vida tranquila, feliz, pasad á una agitada, llena de tristes recuerdos. Teníais sueños de color de rosa; pues despertad, y encontraos con la fría

realidad: exponeos á todas las consecuencias de una justicia más ó menos justificada».

—Os engañáis completamente. Armando Le Forestier ha acariciado muchos años la idea de encontraros, de castigaros. Algunas semanas de dicha no le habrán hecho renunciar á unos proyectos tanto tiempo acariciados, y me comprometería inútilmente si quisiera hacérselos olvidar.

-Entonces, según vos, después de su vuelta....

—Después de su vuelta, después de su entrevista con Roberto du Chatel, que le dirá: «Esos son; estoy seguro; ved ahí las pruebas», irá á buscaros, y de día, de noche, en la calle, sobre los boulevards, en un sitio público ó privado, poco le importará esto, os matará sin compasión.

-Sabremos defendernos.

-No lo dudo. Os escaparéis una vez.... dos....; pero á la tercera os cogerá irremediablemente.

—¿Y decís que acerca de eso no podéis hacer nada?—dijo Montbarán con voz conmovida.

—Absolutamente nada. Vuestras más terribles amenazas no podrían darme sobre Le Forestier un poder que no tengo.

—Permitidme haceros observar (dijo el Marqués de Arnage) que ni una sola amenaza os hemos hecho desde nuestra llegada.

—Lo reconozco; pero me las habéis hecho otras veces, y para evitaros la molestia de volvérmelas á repetir, he creído deberos hacer esa observación.

—Pues era inútil (replicó el Marqués con voz melosa). No se os amenazará ni hoy ni nunca. No teníamos más que un objeto al venir aquí: buscar el medio con vos para salir de una situación menos grave tal vez que lo que creéis; pero indudablemente difícil, delicada, peligrosa.

—No hay más que un medio, que desde el primer instante os he dicho: marcharos de París en un breve plazo, huir lejos, muy lejos. Sois demasiado hábiles para ocultar vuestro retiro; y, por otra parte, si llegara á saberse, os prevendría y podríais ocultaros en otro. Es evidente que el tiempo acabará por modificar las ideas de mi yerno, atenuar su cólera, hacerla menos viva, y que el día que regreséis á París, el peligro habrá disminuído de intensidad.

El Marqués reflexionó un instante, ó, mejor dicho, pareció reflexionar; después dijo á Beuvret:

—Vuestro consejo es efectivamente muy prudente. Nuestra brusca desaparición simplificaría mucho las cosas, desenlazando felizmente un asunto que amenaza terminar en drama; pero no puede uno expatriarse durante varios años sin tener medios seguros de subsistencia. —Y vosotros no los tenéis, lo sé. Todo lo habéis perdido en estos últimos días.... Roberto du Chatel no se ha contentado con desenmascararos, sino que además ha libertado á ciertas personas que, por malos medios, teníais sometidas á vuestra voluntad.

-¡Ah! (dijo el Marqués sorprendido); por lo que veo, sabéis más que nosotros.

—Ya lo iréis aprendiendo (replicó Beuvret), el día en que la duquesa de X.... os niegue los cincuenta mil francos que la habéis pedido, y la señora P. X.... y la R. I.... no os paguen la pensión acostumbrada, y os amenacen con la policía si insistís. Todas esas gentes, y otras muchas, no os temen ya, por la sencilla razón de que se les han devuelto las armas de que os servíais contra ellos. ¡Ah! (continuó, siempre con la misma sangre fría, aunque con un tono un tanto burlón); desde la última vez que nos hemos visto habéis perdido una gran parte de vuestras ventajas.

—A lo cual es muy posible que hayáis contribuído,—exclamó Montbarán.

-Es posible.

—¿No teméis confesarlo?—dijo el Marqués asombrado.

—¿Por qué lo he de temer? ¿No lo he hecho todo por vuestro bien y el mío?.... Mientras que os quedaran recursos, gentes que explotar y pudierais ejercer vuestra industria, no querríais de ningún modo dejar á París. He querido obligaros á partir, y creo que por ahora he de conseguirlo. Por miedo á mi yerno, y por temor á la miseria, estáis ahora casi decididos á expatriaros.

—Permitidme (dijo el marqués de Arnage). La pobreza es mucho menos terrible para nosotros en París que en el extranjero, y, como he tenido el honor de deciros hace algunos minutos, la emigración no es llevadera más que teniendo asegurados medios de subsistencia.

—Sí, sí..., comprendo: contáis conmigo para procuraros esos medios de subsistencia.

—¿No es eso natural? Nos decís que partamos, y acabáis de confesar que habéis ayudado á nuestra ruína.

—Es verdad; pero ya sabéis que yo no tengo ninguna fortuna....

—Personal (acabó el Marqués); pero vuestro yerno es poderosamente rico, y ha reconocido á la señorita de Beuvret una dote considerable.

-¿Según veo, lo que queréis (dijo mirándoles frente á frente), es que robe á mi yerno y á mi hija?

—¿Por qué robar? (dijo el marqués de Arnage con tanta sangre fría como Beuvret.) No roba uno á sus hijos, sino que alguna vez, en ciertas circunstancias, cuando se trata de su seguridad, les hace un empréstito forzoso.... Nada es más fácil. Al dejar á París, el señor Le Forestier ha

querido dejaros un poder en toda forma. Esta acta notarial os permite cobrar todas sus rentas, cualesquiera que ellas sean.

-¡ Qué bien estáis al corriente de mis asuntos!—dijo Beuvret riendo.

—También vos estáis al corriente de los nuestros,—replicó el Marqués, sonriendo también.

Después añadió, volviendo á su idea anterior:

—Si mañana queréis daros una vuelta por casa del notario, ver á los agentes de cambio de vuestro yerno, y cobrar los alquileres de sus numerosos inmuebles, cuyo último trimestre no ha sido aún pagado, podríais ciertamente reunir una suma mínima de dos millones.

- Dos millones!

-Os lo aseguro.

—¡Oh, no me tomo el trabajo de negarlo..., debéis saberlo!... Hace veinte años, cuando se trataba de robar á la madre, decíais : «Debe cobrar un millón ochocientos mil francos», y no os equivocasteis... Hoy, cuando se trata de despojar al hijo, decís : «Dos millones». Vuestro cálculo debe ser exacto....; Pues bien; sea! Dos millones.... Admitamos que os los doy. ¿Qué me garantiza á mí que partís, que desaparecéis para siempre?

—Nuestro deseo de vivir lo más lejos posible, y nuestra persuasión de que si estamos más tiempo en París, la duración de nuestras existencias puede ser abreviada, porque vuestro yerno puede matarnos.

-Es una garantía; sin embargo, una vez que partáis con los dos millones, nadie me puede asegurar que me guardaréis el secreto, que no me haréis traición.

-¿Por qué habíamos de cometer esa falta? Los dos millones no son eternos, y, como comprenderéis, nuestro interés está en cuidaros, en conservaros, para obtener alguna modesta pensión, si nos quedáramos en la miseria en nuestros últimos días.

-Tenéis razón: vuestro interés es mi salvaguardia.

—Os haré notar (replicó el Marqués) que os mostráis un poco severo con nosotros. Olvidáis que durante veinte años os hemos dejado vivir en la mayor tranquilidad.

—¡ Porque no me necesitabais! (dijo Beuvret, alterándose por primera vez.) ¡Pero mirad qué pronto habéis acudido á mí, desde el instante que pensasteis que podríais hacer un buen negocio!.... El otro día me ordenabais que casase á mi hija: hoy me ordenáis que la robe....

De pronto se detuvo, y añadió, recobrando su calma:

—Basta de recriminaciones, que para nada sirven.... Tenéis necesidad de dos millones, y creo que es imprescindible dároslos; pero quiero que mi responsabilidad quede á cubierto. Busquemos juntos el modo de cubrirla.

## XLV.

Sentado delante de la mesa, frente á Montbarán y al marqués de Arnage, el señor de Beuvret, con voz natural y tranquila, continuó:

—El poder que me ha dado el señor Le Forestier me confiere derechos, lo reconozco; pero al mismo tiempo me traza deberes, de los que me es imposible separarme sin comprometerme gravemente.... Estoy obligado, por ejemplo, á darle á su vuelta cuenta exacta de todos mis cobros é ingresos y de todos mis gastos...., y ya comprenderéis que una falta de dos millones no se disimula tan fácilmente.

—En efecto (respondió el Marqués); por eso, lo que debéis sentar es que este desfalco os ha sido impuesto, y que los millones han salido de la caja á pesar vuestro.

—Sí; quiero ante todo, como antes os he dicho, salvar mi responsabilidad y mi reputación.

-Entonces, lo que podríamos hacer (dijo Montbarán), es fingir un robo, de que vos fuerais víctima.

-Ese recurso es muy usado (replicó Beu-

vret). Además, no es natural que uno se deje robar dos millones sin gritar: «¡ Al ladrón! ¡ Socorro!...»; sin dar una queja ni poner en movimiento á toda la policía...., porque me interrogarían en seguida; ¿y á quién denunciar? ¿qué hacer? ¿qué inventar?... Mi confusión daría qué pensar, y creerían que me había robado á mí mismo.

—Se puede (dijo el Marqués) fingir un robo que tenga todas las apariencias de la verdad, y engañe á todo el mundo.... Habéis dicho que ese medio es muy usado; ¿y por qué no habíais de ser robado verdaderamente? Pues hagamos de modo que todo el mundo crea que el robo es real y verdadero, y habremos conseguido nuestro objeto.

—Sin duda; pero necesitaríamos unos días para trazar el plan de esa comedia y para ensayarle...., y nada me dice que, fiado en sus descubrimientos y sobrexcitado por las últimas noticias, Roberto du Chatel no envíe un telegrama á mi yerno para llamarle á París. Si viene, yo dejo de ser dueño de la situación, y nuestras combinaciones vienen al suelo.... Vamos, pensad algo; pero algo que pueda hacerse inmediatamente. Es necesario que mañana ó pasado mañana, á más tardar, hayáis dejado á París.

-Nada más fácil,-dijo el Marqués.

Y en seguida el inventor de delitos y crímenes reapareció. Como había hecho veinte años antes en el Café Inglés, iba á imaginar un robo con todas sus peripecias, situaciones y desenlace, desde el primer acto hasta el último. Halagando su manía de dramaturgo, de director de escena, el señor de Beuvret le había llevado donde quería.

—Si mis informes son exactos (dijo el marqués de Arnage, después de algunos instantes de reflexión), vais á cobrar mañana en diferentes cajas y sitios una suma de dos millones.

—Sí (respondió el señor de Beuvret); puedo cobrar las notas que me ha dejado el señor Le Forestier, los libramientos que he recibido y diferentes cuentas.

-¿Qué habríais hecho en tiempo ordinario de esos dos millones?

-Los habría depositado aquel mismo día en el Banco de Francia.

—Y si no hubierais tenido tiempo, os hubierais visto obligado á traerlos á vuestra casa.

—¡A Auteuil, á una casa aislada! Me acusarían de imprudente.

—¿Por qué? Aunque vuestra vivienda está aislada, en cambio es de apariencia más que modesta, y, por consiguiente, no puede llamar la atención de los ladrones.

-Entonces, ¿cómo simular ese robo?

—Porque dos individuos que andan á caza de un buen negocio os han visto cobrar por la mañana en una casa de banca una gruesa suma. Al momento se han hecho seña, y os han seguido.... De esta primera casa habéis cobrado en una segunda, y después en una tercera.... Entusiasmados os han seguido hasta la puerta de vuestra vivienda....; luego la gente los ve en Auteuil tomar algunos informes, preguntar si vivís solo ó en familia, y si tenéis pocos ó muchos criados. Estas palabras parecen sospechosas, pues los que las dirigen tienen muy mala traza. Así es que al día siguiente, después de haber cometido el robo, todo el mundo podrá dar sus señas á la policía.

—¡Qué! (dijo el señor de Beuvret con aire inocente); ¿vais á mezclar á dos personas más en este asunto?

—¡Oh! Nos injuriáis. Nosotros mismos seremos esos dos individuos de mal aspecto. Sabemos, cuando es preciso, disfrazarnos, desfigurarnos perfectamente.

—Bien.... ¿Á qué hora vendréis á sorprender mi casa?

—Á la una de la madrugada, después de la llegada del último tren, cuando esté esta calle desierta.

—à Y cómo entraréis en mi casa?

-Por una ventana del piso bajo.... Ésta, por

ejemplo.... Basta dar un salto, romper un cristal, y desechar una falleba.

-¿Y el dinero?

—Lo tendréis ahí, en esa mesa de despacho, bajo llave, y en un cajón secreto.... Nosotros forzaremos la mesa, y adivinando el secreto, nos guardaremos el dinero, huyendo después por la puerta ó por la ventana.

-¿Y el ruído no me ha de despertar?

—No. Los ladrones hábiles no despiertan á nadie.... Por lo demás, si no queréis descuidar ningún detalle, decid á un farmacéutico de Auteuil que padecéis de insomnios, y os dará cloral ó alguna otra droga que tenga opio. De esta manera no tendrá nada de particular que no despertéis, aunque hagan ruído á vuestro alrededor, y vuestro sueño podrá prolongarse hasta la mañana siguiente, en que bajaréis al despacho, y el robo os dará en los ojos.... Gritaréis..., llamaréis, los vecinos acudirán, y el comisario de policía los seguirá: hacéis vuestra declaración, y telegrafiáis á Roberto du Chatel, á vuestro yerno y á vuestra hija, todo lo que ha pasado.

-Y vosotros, ¿qué haréis durante ese tiempo?

—Habremos recobrado nuestro aspecto de siempre, nuestras personalidades, y, fieles á nuestra promesa, partiremos aquella misma noche.... ¿Os conviene ese plan?

-A medias (respondió el señor de Beuvret);

porque tendré que declarar que los dos millones no me pertenecían, y que los había cobrado aquel día por cuenta de mi yerno. Extrañarán, con mucha razón, que la familia Le Forestier, lo mismo la madre que el hijo, se dejen robar siempre.

—Permitidme; los ladrones se dedican con preferencia á los ricos, y nadie extrañará que en veinte años la familia Le Forestier haya excitado dos veces su codicia.

—Sea; pero encontrarán raro que el segundo robo haya sido cometido poco más ó menos en las mismas condiciones que el primero. «El ejemplo de la señora Le Forestier hubiera debido servir al señor de Beuvret, dirán por todas partes. Es una gran falta el haber tenido los dos millones en su casa.»

—¿Y qué hacen los que no llegan á tiempo para imponer en el Banco? No se puede depositar una cantidad sin haberla cobrado antes, y si se cobra tarde.... Vamos: ¿os decidís?

-¿Nos convenimos?-preguntó también Montbarán.

El señor de Beuvret pareció vacilar, y por fin dijo resueltamente:

—¡Pues bien, síl Yo me encargo de cobrar en el día de mañana esos dos millones, y de entregároslos por la noche, á eso de la una de la madrugada; pero, por vuestra parte, me habéis de dar vuestra palabra formal de dejar á Francia para siempre, ó por lo menos para mucho tiempo.

-Os damos nuestra palabra, -dijeron ála vez el Marqués y Montbarán.

Transcurrió un cuarto de hora, y después que arreglaron todos los detalles, se despidieron del señor de Beuvret. En el coche que les conducía á París, Montbarán dijo á su compañero:

-¿No desconfiáis de Beuvret?

—¡Desconfiar! ¿Por qué? ¿Porque consiente en lo que le pedimos?.... ¿Podía acaso obrar de otra manera? Yo creo, por el contrario, que debe considerarse muy dichoso al desembarazarse de nosotros con el dinero de su yerno y sin correr el menor riesgo.

—Pero yo no estoy seguro de que no le corramos nosotros, si Beuvret pretendiera que ese robo ficticio era un robo real.

-¡Qué locura! ¡Hacernos condenar tal vez á algunos años de prisión!.... Es decir, ponernos al abrigo de la venganza de Armando Le Forestier, y exponerse á la nuestra.... ¡Parece mentira que digáis en serio semejante cosa!

—¿Entonces, pensáis seguir punto por punto el plan que os habéis trazado?

—No del todo. Siempre es menester tomar algunas precauciones, hasta cuando se las cree inútiles.... Así es que no esperaremos á que sea

la una para ir á su casa, ni entraremos por la ventana, como habíamos convenido, sino que llamaremos á su puerta á las ocho...; y por razones excelentes, que él mismo sabrá apreciar, le rogaremos que cambie la hora del robo, y que nos dé inmediatamente los dos millones.... De esta manera sus cálculos quedarán fallidos si por casualidad hubiera tomado medidas contra nosotros.... Así, pues, no os alarméis inútilmente, y mirad las cosas tales cuales son. Beuvret no tiene más que un solo pensamiento en el mundo: sacrificarlo todo para que su hija ignore siempre su pasado. ¿Cómo admitir que se arriesgue á hacer traición á aquellos que con una sola palabra podrían perderle?

Cuando llegaron al boulevard, Montbarán

dijo todavía:

-¿Y partiremos realmente, como hemos prometido?

-Yo sí; y os aconsejo que hagáis lo mismo..., si tenéis en algo la vida.

-La tengo en mucho.

—Entonces no vaciléis.... Así como Beuvret no me inspira ningún temor, así también os digo que lo temo todo de Armando Le Forestier y de Roberto du Chatel, que han sabido descubrirnos, arruinarnos, y que nos matarán, creedlo, si persistimos en querernos atravesar en su camino. Al día siguiente de la visita de Montbarán y el Marqués, el señor de Beuvret dejó su casa de Auteuil, tomó el tren, y cuando llegó á París, se dirigió al boulevard Haussmann, á casa de Armando Le Forestier. Los criados le esperaban, y le introdujeron en el despacho del primer piso, donde pronto recibió una caterva de conserjes, administradores y porteros, que había tenido buen cuidado de convocar. Procedía como Armando Le Forestier, que no había querido imitar á su madre, que iba á cobrar ella misma sus alquileres, haciendo cada trimestre, según la expresión de testigos, su recolección en París.

Esta recolección á domicilio, mucho más corta que la otra, ocupó toda la mañana al señor de Beuvret, y hasta el mediodía no pudo ir á almorzar á casa de los du Chatel, donde estaba invitado. Después del almuerzo, al que asistieron también los recién casados, en plena luna de miel y respirando felicidad, el señor de Beuvret volvió á ser el hombre de negocios. Tenía ahora que ir á diferentes casas de banca y á ver